

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FILOSOFIA
Y
LETRAS

*REVISTA DE LA FACULTAD
DE FILOSOFIA Y LETRAS*

47-48

JULIO-DICIEMBRE

1952

IMPRESA UNIVERSITARIA

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

Rector:

DR. LUIS GARRIDO

Secretario General:

DR. JUAN JOSÉ GONZÁLEZ BUSTAMANTE

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

Director:

DR. SAMUEL RAMOS

FILOSOFIA Y LETRAS

REVISTA DE LA FACULTAD DE
FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA
UNIVERSIDAD N. DE MÉXICO

PUBLICACION TRIMESTRAL

FUNDADOR:

Eduardo García Máynez

DIRECTOR:

Salvador Azuela

SECRETARIO:

Juan Hernández Luna

Correspondencia y canje a Ribera de San Cosme 71
México, D. F.

Subscripción:

Anual (4 números)

En el país \$ 11.00

Exterior Dls. 2.00

Número suelto \$ 3.00

Número atrasado 4.00

Sumario

ARTICULOS

	Página.
Juan David García Bacca	<i>Las ideas de ser y estar; de posibilidad y realidad en la idea del hombre, de la filosofía actual</i> 9
Samuel Ramos	<i>El pensamiento de John Dewey</i> 41
Ramón Xirau.	<i>John Dewey y la experiencia estética</i> 51
Adolfo Sánchez Vázquez	<i>Humanismo y visión de España en Antonio Machado</i> 61
Eduardo Luquín	<i>José Enrique Rodó</i> 79
Agustín Millares Carlo	<i>Juan Ruiz de Alarcón en la Biblioteca Nacional de Madrid (siglos xvii-xviii)</i> . 117
Oswaldo Robles	<i>En torno al De Anima de fray Alonso de la Vera Cruz</i> 135
Francisco Guerra.	<i>Las ideas médicas de fray Alonso de la Vera Cruz</i> . 161
Julio Jiménez Rueda.	<i>El centenario de don Rafael Delgado</i> 175
Francisco Monterde	<i>Trayectoria de Rafael Delgado, como cuentista</i> . 183
Juan A. Ortega y Medina	<i>El problema de la conciencia cristiana en el Padre Hidalgo</i> 193
Justino Fernández	<i>Los dos Hidalgos de Orozco</i> . 213
Juan Hernández Luna	<i>Hidalgo en la conciencia de los liberales</i> 223

	Págs.
Roberto Ramos	<i>Libros que leyó el señor don Miguel Hidalgo</i> 233
Pedro Rojas Rodríguez	<i>El mundo económico de Hidalgo</i> 247
Xavier Tavera Alfaro	<i>Hidalgo y "El Despertador Americano"</i> 259
Sergio Fernández	<i>El mensaje del Periquillo en el momento de la Independencia</i> 275

RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS

José Gaos	<i>Lcibniz zu seinem 300. Geburtstag</i> 287
Vera Yamuni	<i>Los principios de la Ontología Formal del Derecho y su expresión simbólica.</i> (Eduardo García Máynez.) 294
Margarita Nelken	<i>Historia social y política de Alemania. Historia de España.</i> (Antonio Ramos-Oliveira.) 300
Ferrán de Pol	<i>André Gide: The Ethic of the Artist.</i> (Lawrence Thomas.) 307
Manuel Mendoza Sánchez	<i>El mito de la nueva cristiandad.</i> (Leopoldo Eulogio Palacios.) 310
José Almoína	<i>El pensamiento mexicano en los siglos XVI y XVII.</i> (José Ma. Gallegos Rocafull.) 315
Eli de Gortari	<i>Lógica. Teoría de la investigación.</i> (John Dewey.) 319
Jesús Zamarripa Gaitán	<i>La poesía.</i> (Johannes Pfeiffer.) 323
Ismael Diego Pérez	<i>El Cid Campeador.</i> (Ramón Menéndez Pidal.) 327
Laura M. de Manzano	<i>El peligro de la libertad intelectual.</i> Tercer Congreso Interamericano de Filosofía. Mesa Redonda de la UNESCO 333
J. H. L.	<i>Noticias de la Facultad de Filosofía y Letras</i> 337
Registro de revistas	345

JOSE ENRIQUE RODO

El señor doctor Samuel Ramos, director de la Facultad de Filosofía y Letras, me ha distinguido, con distinción que me honra, invitándome para que presente a los amigos del pensamiento americano, un análisis de alguno de los grandes escritores de nuestro Continente. He elegido la obra de José Enrique Rodó por considerar que dentro del cuadro de la vida americana representa un valor estimulante y vivo. No me detuve a considerar si mi capacidad crítica se quedaba o no a la zaga de una figura de tan alto relieve.

Constantemente solicitado por la fama más que por el prestigio que crea la opinión en torno de obras de puro esparcimiento, el lector contemporáneo de nuestros países suele interesarse por los libros —novela, biografía— de origen europeo, pero no por las buenas novelas y biografías. Yo no sabría condenar *gróssó modo* semejante afición, sin que mi condena dejara de implicar un menosprecio del pensamiento extranjero. Lo que me atrevo a condenar es nuestra indiferencia por las letras de nuestro Continente.

Existe un grupo de pensadores ilustres entre quienes figuran Rodó, Martí, Montalvo, Rodríguez, Sierra, Altamirano y otros, que reclaman nuestra atención. Todos ellos escribieron por nosotros y para nosotros; todos ellos se ocupan del hombre americano y enfocan nuestros problemas desde el mirador de nuestras propias circunstancias. Lo menos que podemos hacer es leerlos. Las páginas que he escrito accediendo a la invitación del señor doctor Ramos, aspiran a despertar la curiosidad de aquellos que por falta de tiempo o por cualquier otra circunstancia, desconocen a Rodó.

* Texto de las conferencias sustentadas por el autor, en la Facultad de Filosofía y Letras en el curso de la última decena de junio de 1953.

Rodó figura entre las lecturas de mi juventud tumultuosa como la de la mayoría de quienes despertamos a la conciencia entre disparos de fusil y tronar de cañones. El torbellino de la revolución me obligó a dejar los libros por la espada del oficial. Absorbido por las exigencias de la vida militar, leía poco y de prisa, entre un viaje y otro, entre un servicio de guarnición y una escaramuza; entre una ilusión y un desengaño. De tal manera, ganaba yo en experiencia lo que perdía en optimismo. Sin embargo, semejante a una droga de efectos lejanos, el pensamiento de Rodó circulaba con mi sangre. De mis primeras excursiones al mundo de sus libros conservaba un cosquilleo, una impresión de frescura, excitantes. Al volver a su obra me sorprendí de no haberlo incluido entre las lecturas con que alimenté mi inclinación literaria. Ahora la comprendo mejor que en mis años mozos, pero me parece demasiado tarde para utilizar sus recomendaciones.

Un gusto formado en el comercio de autores franceses y españoles, me alejaba del lujo verbal, induciéndome a reflejar en mis escritos el temblor de la vida en todos sus aspectos. Semejante al diagrama en que se registran las alternativas de la temperatura en los enfermos, la vida se nos presenta con depresiones y salientes. Nunca conserva el mismo ritmo. ¿Por qué entonces nos parece no sólo natural, sino necesario el tono *doctoral en que nos habla Rodó?*, porque así conviene al espíritu de su obra, porque al expresarse en un estilo suntuoso, trata de destacar en la juventud a quien se dirige, la responsabilidad que le incumbe, la gravedad de los problemas con que habrían de enfrentarse en la batalla de la vida; porque se propuso y en mi concepto lo logra, infundir optimismo y fé en las potencias del alma.

Algunos investigadores ven en el estilo del uruguayo una reacción respecto del romanticismo propio de países en formación como los nuestros y del naturalismo que brota como etapa inicial en la expresión literaria de pueblos que reflejan o tratan de reflejar el escenario y la vida que los rodea.

Considerados como expresión desordenada y falta de equilibrio, el romanticismo y el naturalismo resultan en el fondo, lo mismo. Yo pienso que no es posible levantar una barrera limítrofe entre la forma y el fondo; es decir, que no se debe juzgar una obra por lo que en ella se dice independientemente de la manera de decirlo y al contrario. Al comparar los primeros escritos de Rodó, con los últimos, los investigadores

de que hablo creen ver en las crónicas que componen el "Camino de Paros", una sobriedad que no advierten en "Ariel" o en los "Motivos de Proteo". Yo sigo pensando que la prosa de Rodó es siempre la misma; que el tono que adopta en sus primeras obras responde al deseo de expresar su pensamiento en forma que contribuya a destacar la nobleza de su intención. Hasta sus crónicas aparecen escritas en el mismo estilo poético.

Como no me propongo exhibir ninguna desnudez vergonzosa, puedo ahora compararme al aprendiz de minero que se atreviera a descender a las profundidades de la tierra en busca de nuevo filón. He aceptado la difícil tarea de escarbar en lo ya escarbado por obreros pacientes y meticulosos; es decir, he aceptado la labor de ahondar en las vetas pacientemente trabajadas por los ilustres investigadores que se han ocupado de delimitar los contornos del pensamiento de José Enrique Rodó. Para ello, comencé por ajustar a mi frente la linterna que guía los pasos del minero. Llevaba los utensilios de escarbar fuertemente sujetos por una voluntad estudiosa. A poco andar, advertí que en realidad iba mucho mejor armado de lo que yo pensaba, pues mi fé en la dignidad del hombre suplía con ventaja la precaria luz de mi lámpara y la calidad de mis instrumentos de trabajo. No espero haber encontrado ningún filón nuevo. El pensamiento de Rodó ha sido ya suficientemente explorado y comprendido; no es pues motivo de investigación, sino de recordación.

Al escribir las palabras dignidad del hombre, acude a mi memoria el capítulo que en el volumen titulado "El Origen de la Tragedia Griega", de Nietzsche, figura bajo el nombre de "El Estado Griego". Prólogo a un libro que no se ha escrito. Para el filósofo alemán, las expresiones "dignidad del hombre" y "dignidad del trabajo", suenan a "justificación ante el concepto del arte", pues las considera como "engendros miserables de una humanidad esclavizada que se quiere ocultar a sí misma su esclavitud". "Los griegos —nos dice— no inventaban para su uso estos conceptos alucinatorios; ellos confesaban con franqueza que hoy nos asustaría, que el trabajo es vergonzoso, y una sabiduría más oculta y más rara, pero viva por doquiera, añadía que el hombre mismo era algo vergonzoso y lamentable, una nada, la "sombra de un sueño. El trabajo es una vergüenza porque la existencia no tiene ningún valor en sí, pero si adornamos esta existencia por medio de ilusiones artísticas seductoras, y le conferimos de este modo un valor aparente, aun así pode-

mos repetir nuestra afirmación de que el trabajo es una vergüenza, y por cierto en la seguridad de que el hombre que se esfuerza únicamente por conservar la existencia no puede ser un artista". El hombre que se esfuerza únicamente por conservar la existencia no puede ser un artista. Evidentemente Rodó lo comprendió así y por eso, como veremos más tarde, nos recomienda que desarrollemos en lo posible, no un sólo aspecto, sino la plenitud de nuestro ser. ¿Qué el trabajo es una vergüenza porque la existencia no tiene ningún valor? Si aceptamos el juicio de los griegos, tendríamos, para justificar el trabajo, que mejorar el valor de la vida; es decir, que situarla en un plano superior, elevándola a la dignidad de obra de arte, precisamente lo que recomienda Rodó.

Como según Nietzsche la vergüenza parece nacer allí donde el hombre se siente mero instrumento de formas o fenómenos infinitamente más grandes que él mismo como individuo, conviene mejorar la condición humana aumentando su estatura hasta el punto en que pueda hombrearse con las formas y fenómenos que antes le parecían infinitamente más grandes, pero ¿cómo? Poniéndolo en condiciones de propiciar el vuelo de los ángeles que hay en la mayoría de los hombres. En suma, al hablar de mi confianza en la dignidad humana, me refiero concretamente a la actitud que implica el reconocimiento de la conciencia como actividad susceptible de un desenvolvimiento ilimitado.

Como reacción en contra de aquel concepto orgulloso que consideraba la dignidad del hombre y la dignidad del trabajo como engendros miserables de una humanidad esclavizada que se quiere ocultar a sí misma su esclavitud, brota el estoicismo. "El estoicismo —nos dice Rodó— trajo como fermento de su moral la idea más alta que se hubiera profesado nunca de la igualdad de los hombres; lo mismo en la relación del ciudadano al extranjero, que en la del señor al esclavo; preconizó la dignidad del dolor; exaltó la aprobación de la conciencia sobre los halagos del mundo; y produjo su magnífica flor de grandeza humana en el alma perfecta de Marco Aurelio." Las anteriores palabras corresponden al capítulo titulado "Liberalismo y Jacobinismo" de que me ocuparé hacia el término de mis lecturas. Para el estoico, no sólo hay dignidad en el trabajo, sino virtud. Si limpiamos el concepto de virtud del lastre religioso que lo ensombrece, lo situáramos en la esfera de la acción. Rodó vió que la acción suele absorvernó y por ello, nos recomienda que desarrollemos la plenitud de nuestro ser. En lo más profundo de

nosotros mismos se ocultan aptitudes cuyo cultivo nos permitiría no sólo consolarnos del trabajo que absorbe, sino elevarnos a un plano superior.

Al despuntar el siglo que corre, el firmamento de América aparece alumbrado por una constelación en que alternan el espíritu delicado del poeta con el del pensador vigoroso. Lugones, Rodó, Nervo, Enrique González Martínez, Justo Sierra. Lugones hace sonar las cuerdas de su lira con acento magnífico. Nervo nos produce esa sensación de relajamiento que trasciende el misticismo. González Martínez se presenta bajo el signo de una curiosidad anhelante. El maestro Sierra enfoca los problemas de nuestra cultura desde el mirador del positivismo adaptado a las circunstancias de la realidad mexicana. Lugones nos deleita, Nervo nos contrista, Sierra nos estimula, González Martínez nos sorprende y Rodó nos arrebató. Astro de primera magnitud en el panorama de aquel *minuto de transición*, proyecta sobre nosotros una luz caliente, viva, tonificante. Semejante a una estrella propicia, el pensamiento del ilustre uruguayo continuará alumbrando la ruta del hombre a su paso por la tierra. Por su virtud estimulante, pertenece al patrimonio de la humanidad y conservará el vigor de los libros inspirados en los problemas inherentes a la naturaleza humana. Mientras el hombre dude, desfallezca y necesite de un fulgor que guíe su marcha; mientras no realice las posibilidades que hay en él —y que nunca llegará a realizar porque, al amplificar el terreno de nuestra visibilidad, un paso hacia la meta, pondría ante sus ojos nuevas perspectivas— Rodó y con él aquellos que recomiendan el desarrollo armonioso de nuestras facultades, que nos enseñan a *sonreír con sonrisa de optimismo* cuando el fracaso tuerce nuestros labios, se alzarán como faros. Son ellos a quienes debemos dirigir nuestras miradas.

La aparición de Rodó es saludada en América como un acontecimiento extraordinario. Americanos y españoles se muestran sorprendidos de que haya brotado en el Nuevo Mundo un escritor tan sólido como cualquier europeo. Parece que Rodó hubiese respirado desde su niñez la misma atmósfera de Guyau, de Renan. Don Rafael Altamira ve en el pensamiento de Rodó un parentesco muy cercano con los de Leopoldo Alas, Valera y Menéndez Pelayo. Más tarde, al examinar la obra del ilustre uruguayo, no ha faltado quien niegue a su obra, originalidad, aunque tampoco lo exhiben como un repetidor. Rodó nunca se presentó como un innovador. El mismo nos descubre sus fuentes de inspiración

al comentarlas y completarlas. La novedad consiste en haber brotado en el momento oportuno. Sin embargo, el pensamiento de Rodó nos produce una sensación de frescura. Podía haber escrito ayer lo que escribió hace cincuenta años. Podía escribir mañana lo que escribió ayer sin que la lectura de sus libros nos dejara el sabor de lo rancio. ¿A qué se debe entonces la actualidad de su pensamiento? A que enfoca los problemas que nacieron con el hombre y morirán con él. Hay obras —nos dice André Gide— de carácter interrogativo y otras de carácter afirmativo. Las primeras nos invitan a pensar y conservan su frescura; las otras, presentan resoluciones o aspiran a presentarlas y nacen muertas. La obra de Rodó pertenece a la primera categoría.

“La aparición de José Enrique Rodó en tierra americana es un hecho que hoy todavía sorprende a quien lo pone en relación con las circunstancias históricas en que se produjo. Bruscamente, sin una transición de cultura que lo explique, sin precursores que anuncien su llegada, surge un espíritu tan maduro y bien equipado como el del europeo que tiene tras de sí una tradición de veinte siglos. Y sin embargo, esta mente europea ha nacido y se ha formado en América” —nos dice el doctor Samuel Ramos en el prólogo que escribió para la selección de las obras de Rodó publicada por la Secretaría de Educación Pública. A la manera de otros americanos, Rodó nutrió su pensamiento en los jugos de la cultura europea. Es la tradición cultural del viejo mundo la que lo explica; sólo que, a diferencia de los pensadores de Europa, indiferentes a las contingencias de la vida americana, Rodó erige al hombre de nuestras tierras en objetos de sus meditaciones. Mira desde Europa, pero no para Europa, sino para América. Sin embargo, nada más alejado de su intención que la estrechez del nacionalismo. Se dirige al hombre americano cuyos problemas coinciden, en el fondo, con los de cualquier europeo.

“Ariel” representa en mi concepto la obra medular de Rodó; de “Ariel” irradia la luz que alumbra los “Motivos de Proteo”, las “Parábolas” y el “Mirador de Próspero”. “Ariel” —explica el mismo Rodó con palabra elocuente— representa, en la obra de Shakespeare, la parte noble y alada del espíritu. Ariel es el imperio de la razón y el sentimiento sobre los bajos estímulos de la irracionalidad; es el entusiasmo generoso, el móvil alto y desinteresado en la acción, la espiritualidad de la cultura, la vivacidad y la gracia de la inteligencia; el término ideal

a que aspira la selección humana, rectificando en el hombre superior los tenaces vestigios de Caliban, símbolo de sensualidad y de torpeza, con el cincel perseverante de la vida". De las palabras anteriores que parecen esculpidas en mármol, queremos espigar una frase, espiritualidad en la cultura. En estas últimas cuatro palabras podríamos resumir la actitud de aquel grupo de inteligencias extraordinarias que se alzó en México en contra del positivismo y formó el Ateneo de la Juventud. Espiritualidad en la cultura, recomendaba Rodó en el Uruguay. Espiritualidad en la cultura, preconizaba el Ateneo de la Juventud en México. Por una especie de sincronización de nuestras vidas, la palabra de Rodó se repite en México. "Con su concepción matemática del universo, el positivismo se proponía —nos dice don Justo Sierra— abrir en el interior de cada uno un puerto seguro, el puerto de lo comprobado, de la verdad positiva, para que sirviera de refugio y fondeadero a los que no quisieran afrontar las tormentas intelectuales, bastante más angustiosas que las del Océano, o a los que volvieran desarbolados y maltrechos de las trágicas aventuras de la ciencia, pero con el incoercible empeño de tentar nuevas empresas, nuevos viajes de Colón en pos de constelaciones nuevas". "La ciencia organizada metódicamente —agrega el maestro Sierra— ha puesto la razón y el buen sentido en el fondo de nuestro ser hispano-latino, medulado de imaginación febril y de sentimentalismo extremo". El positivismo aparecía pues para el grupo de ilustres educadores de aquellos días, como puerto seguro y como freno o dique a nuestra exhuberancia; es decir, se presentaba como refugio y como limitación. Contra los desfallecimientos de la fe, contra el rigor de las tormentas intelectuales, se alza Rodó. No las niega ni mucho menos las rechaza. Por lo contrario, las acepta como propias de la naturaleza humana, como condición indispensable de perfeccionamiento. Una vida sin depresiones, sin desfallecimientos, resultaría tan poca vida como cualquier otra que siguiera la trayectoria de la línea recta. Como sabemos, el positivismo cundió por países europeos de imaginación menos febril que la nuestra y de sentimentalismo refrenado. Dejémosle de lado. No es una crítica del positivismo y sus efectos lo que me propongo en esta ocasión.

Yo me pregunto si no hubo en los educadores como el maestro Sierra, más optimismo que seguridad en la eficacia de una doctrina que se introducía en nuestro sistema educativo con la esperanza de poner la razón

y el buen sentido en nuestras vidas dominadas por la imaginación febril y el sentimentalismo extremo. La realidad nos demuestra que nuestra imaginación sigue siendo tan ardiente como lo era por aquellos días y que los frutos del buen sentido se hallan todavía en agraz. A tal pregunta se me contestaría y sin duda con sobra de razón, que nunca se pensó en destruir nuestra imaginación, sino en refrenarla; que la facultad imaginativa representa una fuente de belleza. Yo respondería que con pura imaginación, por rica que se le suponga, no es posible enderezar los pasos de ningún grupo humano por el camino del equilibrio. Me pregunto a la vez si el rigor de la ciencia basta para operar el milagro de contener nuestra imaginación dentro de los límites de la prudencia y de refrenar nuestro sentimentalismo. Me pregunto si no es la historia, la filosofía, la enseñanza humanista, en suma, la que al delimitar los contornos del espíritu y consiguientemente sus posibilidades, logró —yo así lo creo—, poner un poco de razón y de buen sentido en nuestras vidas.

El viejo y venerado maestro a quien solían llamar Próspero por alusión al sabio mago de la Tempestad, se despide de sus discípulos al término de las labores escolares y les dice: “Anhele colaborar en una página del programa que al respirar el aire libre de la acción, formularéis sin duda en la intimidad de vuestro espíritu, para ceñir a él vuestra personalidad moral y vuestro esfuerzo” —aclara Próspero. “La juventud que vivís es una fuerza de cuya aplicación sois los obreros y un tesoro de cuya inversión sois responsables. Amad ese tesoro y esa fuerza”. Próspero quiere que sus discípulos y con ellos la juventud de nuestro mundo, confíen en sí mismos y que “jamás abandonen su puesto en la evolución de las ideas”. Los invita a confiar en el buen éxito de las empresas a que se lancen pero sin perder de vista el ideal capaz de ennoblecere nuestra existencia. Rodó sabe que en la brega diaria, frecuentemente se tropieza y se cae y por ello invita a sus discípulos a no permitir que la amargura ensombrezca su ánimo.

Nuestro autor ilustra su advertencia con la preciosa historia del niño que jugaba con una copa de cristal. La sostenía —nos dice— con una mano, mientras que con una vara de junco que llevaba en la otra, arrancaba de la copa ondas sonoras “como nacidas de vibrante trino”. Cansado de jugar de tal manera, recogió un poco de arena y la vertió en la copa. En vano se esforzó por arrancar de ella la música que le encantara. El

cristal dejó de responder a sus reclamos como si hubiera huído de él, "el alma de la música". Acongojado, el niño mira a su derredor y observa una rosa; la desprende de la rama en que lucía sus galas y la pone en la copa llena de arena. De tal modo, la copa se convierte en "ufano búcaro". Orgulloso de su desquite, paseó la flor como una bandera "entre la muchedumbre de las flores".

Sin fé en las propias fuerzas, sin confianza en sí mismo, sin voluntad para convertir en sonrisa el gesto con que la amargura tuerce nuestros labios, no podemos ni debemos esperar nada. La fé y el optimismo aparecen, según Rodó, semejantes al trozo de mármol donde el escultor hace brotar la figura de su elección. Permitídmeme que me detenga sólo por un momento a considerar las circunstancias propicias a la vida de la fé y del optimismo. El mismo Rodó nos entrega la clave de tales circunstancias al hablar del "aire libre de la acción". Para que la fé conserve su vigor y el optimismo sus fueros, se requiere que el hombre respire una atmósfera de libertad. ¿Qué fé u optimismo pueden caber en aquel que nace esclavizado o en aquel otro que habiendo nacido en un ambiente de libertad, se ve en la imposibilidad de elegir la profesión o actividad que mejor cuadre a sus inclinaciones artísticas o científicas? En la América de aquellos días se respiraba un ambiente de libertad, semejante al que respiramos ahora. La juventud de entonces, como la actual, podía elegir libremente la ocupación que respondiera a sus preferencias.

Al llegar a este punto tocamos nuevamente el pensamiento de Nietzsche. No basta con adornar la vida con "alucinaciones artísticas" para que nos parezca digna de ser vivida; se requiere que nos pongamos a la obra y para ello, respirar una atmósfera de libertad; es decir, que nos encontremos en condiciones de elegir. En un mundo como el nuestro, podemos elegir, pero generalmente cuando ya la vida nos ha elegido, cuando nos empuja en determinada dirección obligándonos a curvarnos bajo el peso de exigencias ajenas a nuestras inclinaciones. Si no disponemos de tiempo ni de fuerzas para ocuparnos de aquello que realmente nos interesa y responde a una exigencia profunda de nuestro temperamento, ¿para qué podía servirnos la libertad? Las consideraciones que anteceden nos llevarían a concluir que el respirar el aire libre de la acción vale muy poco cuando no se dispone de tiempo para ocuparse de las cosas que realmente enaltecen la vida humana. Ya veremos cómo nos entrega Rodó la clave de semejante problema. Es verdad que no basta

con adornar la vida con alucinaciones artísticas, pero también lo es que sin el aire libre de la acción, las alucinaciones de que nos habla el filósofo alemán, por seductoras que nos parecieran, no lograrían más que remontarnos a un mundo de ensueño.

Al trasponer el pórtico del nuevo siglo, Rodó advierte que dedicado a construir según el modelo de Europa el edificio de nuestra civilización, el hombre americano hubo de aplicar todos sus esfuerzos en una sola dirección. En América se hallaba casi todo por hacer. Urgía, por lo mismo, resolver en primer término los problemas que plantea la satisfacción de las necesidades más urgentes de la existencia; es decir, que la actividad de los hombres de aquella hora respondía a propósitos específicamente utilitarios. Es entonces cuando Rodó piensa en la urgencia de rectificar nuestra marcha o de continuarla pero sin perder de vista todo aquello que dignifica la existencia humana. Es entonces cuando escribe "El que vendrá" y "Ariel".

Terminaba entonces la centuria pasada —nos dice el doctor Ramos— con un sentimiento de desilución por no haberse cumplido las promesas de una época histórica que pretendía representar la fase más avanzada del progreso humano. La falta de una visión alentadora del porvenir que encendiera en los ánimos decaídos por la pérdida de sus dioses, la fe en un nuevo ideal, ponía un tinte melancólico a aquellos hombres desorientados que presenciaban el crepúsculo del siglo. Sólo un hecho inminente los impresionaba, aunque sin razón alguna: el advenimiento del nuevo siglo, que despertaba en medio de la insatisfacción espiritual, una leve esperanza. Rodó, agitado por aquellas inquietudes, da expresión al deseo de encontrar entre las sombras, la luz que de improviso viene a iluminar el camino y concreta sus ansias mesiánicas en "El que vendrá". "Esta es la hora en que la caravana de la decadencia se detiene, angustiada y fatigada, en la confusa profundidad del horizonte — exclama Rodó. Es la hora de las rectificaciones, acaso de las reivindicaciones; la hora de consultar la brújula, de otear el horizonte y endereza la marcha de los pueblos americanos.

Bajo el signo de Ariel, representante de la parte noble y alada del espíritu, el maestro dialoga con la juventud. Hay en su palabra la gravedad afectuosa de una admonición paternal. Se dirige a la juventud no para halagarla, presentándola como fuente de goces y germen de disipación, sino como la más grave responsabilidad. Es ella a la que incum-

be el sagrado deber de dar cima a la obra de sus antecesores, continuándola cuando así lo requieran las circunstancias o rectificándola en el momento oportuno. Rodó quiere que semejante a aquella otra que guiaba la marcha de los navegantes primitivos, sea una estrella la que oriente los pasos de la juventud y que esa estrella posea la virtud maravillosa de despertar en la vida un sentido ideal. "Lo que a la humanidad importa salvar contra toda negación pesimista es, no tanto la idea de la relativa bondad de lo presente, sino la de la posibilidad de llegar a un término mejor por el desenvolvimiento de la vida, apresurado y orientado mediante el esfuerzo de los hombres. La fé en el porvenir, la confianza en la eficacia del esfuerzo humano, son el antecedente necesario de toda acción enérgica y de todo propósito fecundo. Tal es la razón por la que he querido comenzar encareciendos la inmortal excelencia de esta fé que, siendo en la juventud un instinto, no debe necesitar seros impuesta por ninguna enseñanza, puesto que la encontraréis indefectiblemente dejando actuar en el fondo de vuestro ser la sugestión divina de la naturaleza". De las palabras que acabo de citar quisiera subrayar otra frase con la que a mi juicio se podría concretar otro de los conceptos más altos de Rodó: confianza en la eficacia del esfuerzo humano.

Si la historia de la cultura americana se hubiera propuesto agrupar en familias a los creadores de las ideas que más profunda y directamente han influido en la formación de nuestra mente, habría situado a Rodó junto a aquella inteligencia extraordinaria del renacimiento italiano que se llamó Pico della Mirandola. Mirandola escribió un discurso sobre la dignidad del hombre en el que yo veo el germen de aquel individualismo que invitaba al hombre a convertirse en escultor de su propia vida; es decir, un antecedente de la advertencia que subordina la bondad de lo presente, a la posibilidad de llegar a un término mejor. "Te he puesto —aclara Mirandola— en medio del mundo —dice el creador a Adán— para que puedas ver más fácilmente en torno tuyo y veas todo lo que contiene. Hice de ti un ser que no es celestial ni terrenal, que no es mortal ni inmortal exclusivamente, y ello con el fin de que tú mismo seas tu propio escultor y puedas superarte; puedas degenerar en la bestia y renacer de ti mismo en ser de divina semejanza. Los animales traen ya consigo del vientre materno lo que han de tener, los sumos espíritus son desde el principio o poco después —aquí alude Mirandola a la caída

de Lucifer y demás ángeles rebeldes— lo que han de ser por la eternidad. Tú sólo puedes desarrollarte, erguirte a tu albedrío, tú sólo llevas en ti el germen de una vida múltiple y multiforme”.

Decía que dedicado a levantar el edificio de nuestra civilización, el hombre americano hubo de aplicar sus energías en un solo sentido. Rodó advierte el peligro de la especialización y exclama: “Cuando cierto falsísimo y vulgarizado concepto de la especialización que la imagina subordinada exclusivamente al fin utilitario, se empeña en mutilar, por medio de ese utilitarismo y de una especialización prematura, la integridad natural de los espíritus y anhela proscribir de la enseñanza todo el elemento desinteresado e ideal, no repara suficientemente en el peligro de preparar para el porvenir espíritus estrechos, que, incapaces de considerar más que el único aspecto de la realidad con que están inmediatamente en contacto, vivirán separados por helados desiertos de los espíritus que, dentro de la misma sociedad, se hayan adherido a otras manifestaciones de la vida”. En las anteriores palabras se resume el pensamiento central de una buena parte de “Ariel”. Rodó quiere que a semejanza de los griegos, el hombre americano conciba la vida como un concierto de todas las facultades humanas... “Atenas supo engrandecer a la vez el sentido de lo real, la razón y el instinto, las fuerzas del espíritu y las del cuerpo. Cinceló las cuatro fases del alma... Es atleta viviente en el gimnasio, ciudadano en Pnix, Polemista y pensador en los pórticos. Ejercita su libertad en toda suerte de acción viril y su pensamiento en toda preocupación fecunda. La conciencia de la unidad fundamental de la naturaleza exige que cada individuo humano sea ante todo y sobre toda otra cosa un ejemplar no mutilado de la humanidad, en la que ninguna noble facultad del espíritu quede obliterada y ningún alto interés de todos pierda su virtud comunicativa. Antes que las modificaciones de profesión y de cultura está el cumplimiento del destino común de los seres racionales”.

“Renan define el ideal de perfección a que ella debe encaminar sus energías como la posibilidad de ofrecer en un tipo individual, un cuadro abreviado de la especie. Aspirad pues a desarrollar en lo posible, no un sólo aspecto, sino la plenitud de vuestro ser. No os encojais de hombros delante de ninguna noble y fecunda manifestación de la naturaleza humana so pretexto de que vuestra organización individual os liga preferentemente a manifestaciones diferentes”. Rodó se revela abierta, valien-

temente, en contra de todo aquello que amenace mutilarnos por el ejercicio constante de nuestras facultades en una sola dirección. Quiere que conservemos siempre abiertas las ventanas de nuestro espíritu a las corrientes de la nobleza y a los gérmenes capaces de fecundar. Nos invita, en suma, a ser curiosos, a no pasar de largo frente a cualesquiera de las manifestaciones de la vida que nos ofrezcan un motivo de contemplación edificante; "so pretexto de que nuestra organización individual" nos liga a manifestaciones diferentes.

¿Qué quiere decirnos Rodó con las palabras "organización individual" y "manifestaciones diferentes", dentro del concepto que acabais de escuchar? A mí, francamente, no me parecen muy claras. En el momento de leerlas, me sentí como tocado por ellas; es decir, me pareció que nuestro autor expresaba con tales palabras conceptos esenciales que yo debía comprender íntegramente para mi propio consumo y con mayor razón si trataba de presentar un análisis del pensamiento del gran uruguayo. Evidentemente que no podemos separar tales expresiones del pensamiento de que forman parte. Enfocadas desde un ángulo panorámico, por decirlo así, creemos comprenderlas; es decir, aceptamos la recomendación de Rodó; no debemos desarrollar un sólo aspecto, sino la plenitud de nuestro ser; sin embargo, permitidme que divague sobre ellas. Organización individual. ¿Quiere decirnos inclinaciones o preferencias por tal o cual labor? ¿Se refiere a aquellas otras que aceptamos obligados por las circunstancias? Si se refiere a las primeras, ¿por qué en lugar de organización individual, frase que a mi juicio se presta a confusiones, no escribió aficiones o simpatías? Si nos habla de las segundas, ¿por qué en vez de manifestaciones diferentes, no escribió, por ejemplo, ocupaciones ajenas a nuestras aficiones o algo por el estilo? Dejemos de lado una cuestión cuyo secreto se encuentra quizá en la alquimia del estilo. Ello es que cualquiera que sea nuestra actividad, no debemos, según Rodó, entregarnos a ella por entero. ¿Ni siquiera aquellas —me pregunto— como la del escritor, que reclama la intervención de todas las facultades?

Si en lugar de organización individual ponemos vocación, enfocaremos, como lo enfocó el mismo Rodó, uno de los problemas que más seriamente inquietan a los educadores de la hora actual. La realidad nos demuestra que todos nacemos con preferencias; que son ellas las que señalan el rumbo de nuestras vidas.

Como preliminar de las observaciones y conclusiones que consigno en la lectura que corresponde al día de hoy, presentaré un esquema de las etapas más significativas de la evolución humana en relación con el destino. Seguiré para ello los pasos de Worringer quien clasifica al hombre en tres diferentes grupos o categorías: el primitivo, el clásico y el gótico.

“En el hombre primitivo —nos dice el pensador alemán— nos encontramos con un pobre ser que, como bestia maldita, vive indefenso y solo, frente al mundo exterior y que no recibe del universo más que imágenes visuales, cambiantes e inseguras... Confundido por la caprichosidad e inconexión de los fenómenos, el hombre primitivo vive en oscuro terror espiritual del mundo externo. Este sentimiento de miedo va lentamente disipándose a medida que se establecen relaciones espirituales más complejas entre el hombre y el mundo; pero no desaparece nunca por completo, y el residuo de esas sensaciones primarias y más profundas, se conserva en el hombre bajo la forma de oscuro recuerdo, de instinto. Así, efectivamente, llamamos a esa corriente subterránea de nuestro ser que rastreamos en nosotros mismos, como última instancia de nuestro sentir, como fondo irracional, bajo la apariencia engañosa de los sentidos y del intelecto. A esa raíz profunda acudimos en las horas de meditación magna y dolorosa, como Fausto desciende a la morada de las madres”. Worringer presenta al hombre primitivo como presa del afán de “convertir la inabarcable relatividad del universo” en valores inmutables; afán que lo lleva a crear el arte y sobre todo, la religión. “El hombre primitivo concibe la divinidad como algo absolutamente supramundano, como una potencia oscura que es necesario conjurar sea como sea y hacerse favorable, y sobre todo, de la cual es necesario a toda costa prevenirse y defenderse”. “Bajo el peso de este terror metafísico, el hombre primitivo se entrega a toda suerte de prácticas religiosas, trata de hacerse tabú a sí mismo y a todo lo que ama y estima, por medio de secretos conjuros para sustraerse y sustraerlo de esa manera al capricho de las potestades divinas”. Hasta aquí, vemos al hombre primitivo en actitud defensiva. La vida depende para él de fuerzas oscuras e incomprensibles, pero no las considera como una fatalidad de la que no puede escapar. Para el hombre primitivo ni existe la fatalidad. La fatalidad implica cierta permanencia en la repetición de la desgracia; permanencia cuya percepción requiere un examen incompatible con la conciencia primitiva. Mientras el hom-

bre no se independiza, por decirlo así, de la naturaleza y cobra conciencia de sí mismo, considera su vida a merced de las circunstancias. El hombre primitivo se siente en una posición inferior respecto de las fuerzas que lo rodean, pero no las considera como Destino; sin embargo, no resulta menos esclavo que el hombre de otras épocas.

“En el hombre de la evolución primaria —continúa Worringer— el instinto lo es todo y el intelecto nada. Pero sobre la base de un mayor acopio de experiencia y representaciones, el hombre se siente cada vez mejor en el panorama universal y, poco a poco, el caos de las impresiones sensibles se resuelve en un orden de acontecimientos. El caos se convierte en cosmos... disminuye pues el terror merced al conocimiento; y al paso que la conciencia humana se acerca a la arrogancia antropocéntrica se debilita el órgano que percibe el profundo e irreconciliable dualismo ontológico... el hombre se proclama la medida de todas las cosas y asimila el mundo a su mezquina humanidad”. He aquí el germen de la concepción griega del Destino. “El Destino —nos dice Burkhardt— que compromete la cuestión de la libertad humana, entre los griegos había recibido una vieja forma popular tal como la acuñó el epos... Pero de antemano tenemos que estar preparados para toda clase de incongruencias: los dioses existen, prestan oído, pero el Destino es algo implacable. ¿Cómo es esto posible si los dioses también están sometidos al destino?... Todo politeísmo lleva implícito, desde su cuna, cierto fatalismo —aclara Burkhardt. “Sus dioses particulares —sigue diciéndonos— por muy ricamente aparejado que su poder aparezca, no pueden extender su dominio sobre la tierra y entre sus diversas jurisdicciones quedan lagunas lo bastante grandes para que asome un poder más general, ya sea la fatalidad o el azar”. Si los griegos entendieron el azar como lo entendemos nosotros o en un sentido acaso más amplio, vieron seguramente una diferencia tan clara como la ve el hombre contemporáneo, entre la fatalidad como equivalente de predestinación; es decir, como influencia que rige la vida del hombre desde antes de que este nazca y el azar como sinónimo de contingencia imprevisible, pero no invencible; no como algo fuera del alcance de nuestra voluntad. Contra la contingencia adversa a nuestro designio podemos luchar y hasta con éxito; contra el Destino, según los griegos, no. “Acerca de la Moira —agrega Burkhardt— o sea la creencia en la fatalidad en la vida de los hombres, los modernos han fantaseado grandilocuentemente con ocasión de las tragedias; se trata, según ellos,

de una potencia moral que compensa las contradicciones y antagonismos en las cosas humanas con sublime justicia, concilia libertad y necesidad y hace prevalecer la ley general sobre la presuntuosa voluntad individual". Y más adelante: se puede presumir que en un principio, la Moira hacía alusión tan solo al destino en el nacimiento y la muerte de las personas, y esto último únicamente en lo que hace al punto y hora; luego, se ampliaría a la causa, el género de muerte, y sólo más tarde abarcaría toda la suerte de la persona a partir del nacimiento, todo su obrar, y finalmente se llegaría a abarcar la marcha total del mundo como predestinada por el Destino"... "La expresión clásica de esto es la conocida anécdota del esclavo ladrón que pretendía hacer valer que el destino le había forzado a serlo, a lo que se le repuso: "y a recibir palos también". La tragedia expone a su manera el mismo pensamiento: Clitemnestra, amenazada de muerte por su hijo, dice sobre su parricidio: "La Moira lo dispuso", a lo que Orestes contesta: "También la Moira preparó tu muerte ahora". En las teogonías encontramos el trío de las Moiras con sus conocidos nombres: Cloto, Laquesias y Atropos: la que teje el hilo de la vida, la que destruye la suerte y la implacable: ellas son "las que a los hombres ya al nacer, les asignan todas sus dichas y sus desdichas; ellas las que castigan todo crimen de los dioses y de los mortales, sin descansar en su espantosa furia hasta que la venganza terrible cae sobre los que pecan, conforme a sus merecimientos".

Para comprender el papel que el Destino desempeñó entre los griegos, basta a mi juicio con lo que acabáis de escuchar. Salvando miles de años llegaríamos a la Edad Media para encontrarnos con el astrólogo, la bruja, el hechicero, con los diablos que poblaban la mente medieval llevándola a considerarse a merced de influencias inmediatas. El hombre medieval hace descender a la esfera de la vida cotidiana, el *Destino* que los griegos situaban en una región superior. De tal manera el destino pierde en grandeza lo que gana en familiaridad.

Hemos visto que la creencia en el destino nace como producto de una conciencia evolucionada. A medida que el hombre avanza en el terreno de la investigación científica, se siente seguro o menos inseguro y el destino, como equivalente de fatalidad, pierde terreno. Pero claro que no basta con ejercer dominio sobre las cosas para que desaparezca esa sensación de dependencia que nos atormenta. Mucho más que el dominio de las cosas importa el dominio de sí mismo. Yo he es-

crito en otra ocasión las siguientes palabras: "La observación que presenta al hombre como arquitecto de su propio destino, me parece poco acertada y hasta vanidosa. Algúien, que probablemente creyó haber hecho de su vida una cosa primorosa, formuló la observación y la lanzó al mercado con muy buen éxito. El término arquitecto sugiere cierta calidad artística muy poco común en la existencia de la mayoría de los hombres.

Mucho más próxima a la realidad me parecería la afirmación de que el hombre es el albañil, o el herrero de su propio destino. La clasificación que le correspondería depende del cuidado con que se conduzca a su paso por la vida y de que se encuentre o no en circunstancias favorables. Muy pocos son aquellos cuyas vidas ofrecen un ejemplo de solidez y armonía comparables a una obra arquitectónica. Abundan, en cambio, aquellas otras que se hacen como se puede y con el material que se encuentra al alcance de la mano. La tesis según la cual el hombre se maneja a su antojo y hace de su vida un edificio comparable a una obra arquitectónica o a una construcción precaria, supone la existencia del libre albedrío. Si aceptamos la predestinación, automáticamente echaríamos por tierra la teoría que nos presenta como responsables únicos de nuestras acciones. La predestinación, fuerza oculta y superior a la de nuestra voluntad, nos obligaría a seguir un camino que no corresponde a nuestras inclinaciones o preferencias; se burlaría de nuestra voluntad conformando nuestras vidas a su capricho.

Pero ¿qué es el destino? A esta pregunta podríamos desde luego contestar que es algo que no podemos conocer de antemano. Si lo conociéramos, ¿podríamos evitarlo? Los cuentos que encantaron nuestra niñez nos dicen que no hay manera de escapar al destino aunque lo conozcamos y que tarde o temprano habrá de cumplirse el augurio que nos presenta como víctimas. Pero como la vida nos lleva de aquí para allá, y tan pronto como nos asesta un golpe mortal nos permite incorporarnos sobre nuestras propias ruinas, ¿en qué momento podemos decir que el destino nos maneja a su antojo? ¿En el momento en que hemos logrado nuestro propósito? Ningún hombre que escala la cima de una posición envidiable es capaz de reconocer que su éxito es obra del destino. Todos ellos se empeñan en atribuir a su inteligencia y a su voluntad el brillo del dinero o los laureles de la fama con que aparecen ceñidos. No, es el momento en que cansado de luchar inútilmente el

hombre se siente perdido, cuando acusa al destino como responsable del fracaso o fracasos.

No podemos ni debemos aceptar la predestinación desgraciada, ni pensar en que nos persigue una estrella perversa. La aceptación de nuestros fracasos como algo ajeno a nuestra voluntad, nos abandonaría a los caprichos de la corriente. ¿Para qué luchar ni esforzarse por alcanzar una posición desahogada si ya el destino nos señaló con la marca de fuego de la desgracia? Tampoco conviene el otro extremo; es decir, aquel que nos llevaría a dejar el éxito de nuestra empresa en manos de la suerte.

Lo único indudable es la desigualdad entre los hombres. Unos alcanzan más o menos fácilmente lo que se proponen y logran amasar grandes riquezas y honores; sobre los otros parece que pesara una maldición que los aplasta tan pronto como levantan la cabeza. Que aquéllos se consideren como arquitectos de su propio destino, allá ellos, pero que los otros se crucen de brazos nos parece una entrega vergonzosa para el hombre que tiene el corazón en su lugar y la voluntad endurecida en la batalla. Me parece preferible negar la existencia del destino a aceptarlo como una fatalidad de la que no podemos escapar. De arquitecto o de albañil, pero que nuestra vida sea obra de nosotros mismos. “El destino no consiste en aquello que tenemos ganas de hacer; más bien se reconoce y muestra su claro, vigoroso perfil en la conciencia de *tener* que hacer lo que no tenemos ganas” nos dice Ortega y Gasset en “La Rebelión de las Masas”. Yo veo en la parábola que el mismo Rodó titula “La Pampa de Granito”, una confirmación del juicio que acabáis de escuchar. Rodó nos presenta la figura de un viejo enjuto, erguido como un árbol desnudo y junto a él, a tres niños ataridos, flacos, miserables. Tomando por el cuello a uno de ellos, el viejo le ordena que abra en la dura capa terrestre un hueco donde depositar una semilla. Sollozante, el niño pregunta cómo podría cavar en aquel espacio de tierra hostil. Muérdelo, repone el viejo— Y el niño hinca una y otra vez los dientes en la corteza granítica. Cuando al fin logra cavar el hueco necesario, el labrador, sin dejar de ser niño, había envejecido. Volviendo luego hacia otro de ellos, le ordena que recoja tierra para la simiente: “¿Dónde encontrarla?” —pregunta el niño— “La hay en el viento. Recógela”. Cuando de la boca del párvulo donde se había pegado el polvo del viento, el implacable gigante recogió la tierra

necesaria, ordenó al tercero de los infantes: —Has de regar esta siembra. —¿Con qué agua?— pregunta el niño. —Llora, la hay en tus ojos— replica el viejo. Esa desolada pampa —comenta Rodó— es nuestra vida y ese inexorable espectro es el poder de nuestra voluntad y esos trémulos niños son nuestras entrañas, nuestras facultades y nuestras potencias de cuya debilidad y desamparo la voluntad arranca la energía todopoderosa que subyuga al mundo y rompe las sombras de lo arcano... una débil y transitoria creatura lleva dentro de sí la potencia original... un puñado de polvo puede mirar a lo alto y dirigiéndose al misterioso principio de las cosas, decirle: "Si existes como fuerza libre y consciente de tus obras, eres, como yo, una voluntad. Y si existes como fuerza ciega y fatal... yo valgo mucho más que tú."

Luchar con nuestro signo no significa más que reconocer su existencia como una fuerza a la que debemos enfrentarnos. No atribuyo al vocablo signo un sentido derrotista; me limito a presentarlo como una orientación. Si de buen o de mal grado aceptamos nuestro destino, en el preciso momento en que se nos presenta en forma de vocación, nos desentenderemos de aquello que no contribuya a realizarla. Para unos, las expresiones del arte resultan incomprensibles y hasta ajenas a sus vidas; para otros, las labores manuales pertenecen al dominio de lo misterioso. Lo indiscutible consiste en que la vocación o preferencia por tal o cual actividad manual o espiritual suele lanzar al hombre en una dirección y absorber sus energías independientemente de la utilidad que le reporte. ¿Cómo lograr que el artesano se interese por las cosas del espíritu? Mediante la educación. Puede el trabajador manual ser menos sensible a las manifestaciones del arte que aquellos que lo erigen en objeto de sus preferencias, pero siempre encontrará en la contemplación de un cuadro bello, o de una escultura armoniosa o en la audición de un trozo de buena música, motivos de recreo y de perfeccionamiento.

He dicho que en mi concepto, lograríamos mediante la educación que el artesano y cuando digo artesano pienso en el hombre que no ha recibido una educación completa, se interese por las cosas del espíritu. Permitidme que me extienda dentro del terreno del mismo Rodó. Creo interpretar el espíritu de la Universidad asegurando que la organización del ciclo martiano se propone no solamente rendir al ilustre cubano

que fué Martí, el homenaje que merece, sino que responde a fines de divulgación y por lo mismo aspira a trasponer las fronteras de la misma Universidad. He seleccionado frases en que el maestro uruguayo expone su concepto de la enseñanza del arte, pues me parece que semejantes a las figuras complementarias de los vitrales en forma de rosetón que se miran en las catedrales góticas, todas ellas convergen hacia el pensamiento central: "Entre todos los elementos de educación humana que pueden contribuir a formar un amplio y noble concepto de la vida, ninguno justificaría más que el arte un interés universal, porque ninguno encierra —según la tesis desenvuelta en elocuentes páginas de Schiller— la virtualidad de una cultura más extensa y completa, en el sentido de prestarse a un acordado estímulo de todas las facultades del alma... Considerad al educado sentido de lo bello el colaborador más eficaz en la formación de un delicado instinto de justicia... Nunca la criatura humana se adherirá de más segura manera al cumplimiento del deber que cuando, además de sentirlo como una disposición, lo sienta estéticamente como una armonía. Y más adelante: "dar a sentir lo hermoso es obra de misericordia." La enseñanza que se proponga fijar en los espíritus la idea del deber, como la de la más seria realidad, debe tender a hacerla concebir al mismo tiempo con la más alta poesía... Yo creo indudable que el que aprende a distinguir de lo delicado, lo vulgar, lo feo de lo hermoso, lleva hecha media jornada para distinguir lo malo de lo bueno". El enseñar a distinguir lo grosero de lo delicado y lo feo de lo hermoso resulta a primera vista tan complejo, que llevado al terreno de la práctica, puede producir una especie de mareo. Yo invitaría a los educadores a no detenerse y mucho menos a retroceder al influjo del pensamiento que presenta a la mayoría de los hombres insensibles a la belleza. Poco importa que unos aprovechen la enseñanza mejor que otros. Lo esencial consiste en despertar en ellos el sentido de lo bello. Goethe nos dice que una caligrafía esmerada induce a pensar correctamente y que entre pensar con propiedad y obrar bien apenas si existe un pequeño trecho. Cabría a mi juicio sostener que al mismo tiempo que nos induce a pensar correctamente, una caligrafía esmerada despierta en nosotros el sentido de lo bello, si en el pensar con propiedad no hubiera belleza. Decir las cosas bien —nos dice en "El Mirador de Próspero", tener en la pluma el don exquisito de la gracia, no es una forma de ser bueno?... La caridad y el amor,

¿no pueden demostrarse también concediendo a las almas el beneficio de una hora de abandono en la paz de la palabra bella... el roce tibio y suave de una imagen que toca con su ala de seda nuestro espíritu? Yo os ruego que os defendáis en la milicia de la vida contra la mutilación de vuestro espíritu por la tiranía de un objetivo único e interesado. No entreguéis nunca a la utilidad o a la pasión, sino una parte de vosotros. Aún dentro de la esclavitud material, hay la posibilidad de salvar la libertad interior: la de la razón y el sentimiento. No tratéis pues, de justificar, por la absorción del trabajo o del combate, la esclavitud de vuestro espíritu"— sigue diciéndonos empeñado en aclarar el sentido de su recomendación.

Un concepto erróneo —cuando no aparece en forma de manía— del cumplimiento del deber, suele obligarnos a dedicar absolutamente todo nuestro tiempo y aplicar todas nuestras energías al despacho de las labores que aceptamos desempeñar. De tal manera, el largo y constante ejercicio de las facultades que ponemos en el cumplimiento de lo que consideramos nuestro deber, acaba por esclavizarnos, por limitar nuestro campo visual y consiguientemente por anquilosar el resto de las potencias del alma. Para el hombre que se entrega por entero a una sola tarea y descuida el cultivo de sus otras facultades, escribió Remy de Gourmont "Una Noche en el Luxemburgo", obra cuya intención parece haber precedido el encarecimiento de Rodó. Para tal hombre, aconseja nuestro autor una tregua, un olvido aunque sea momentáneo de las obligaciones que lo absorben; recomienda en suma, el ocio; es decir, encarece la conveniencia de evocar en el retiro y silencio de nuestro estudio, a los genios de la música, de la poesía, de la pintura, invitándolos a compartir nuestras horas de soledad. Allí nos encontraremos como en la "última Tule del alma", —exclama.

Puede la vida curvarnos bajo el peso de duras tareas, apartarnos de nuestras preferencias, lanzarnos al torbellino de la acción cuando somos contemplativos o confinarnos dentro de un recinto cerrado cuando sentimos que bulle en nosotros el germen de la actividad; puede, en suma, apartarnos de nuestro camino, pero semejante al monarca que vivía en "la candorosa infancia de las tiendas de Ismael y los Palacios de Pilos", encontraremos, siempre que sepamos construirlo y conservarlo, un refugio, un rincón solitario donde encontrarnos a solas; un retiro que nos invite a "entrar en comunicación con los fantasmas

familiares de nuestro ensueño". Admirable advertencia para quien, parecido al monarca del cuento, es dueño de un rinconcito oculto en lo íntimo de su conciencia. Pero hay almas sin rincones de consuelo. ¿Cómo construirlos? Mediante la educación; formando en ellos el gusto por la música, por la pintura, por la poesía.

Entre los numerosos volúmenes que han aparecido bajo la dirección de Leopoldo Zea con el título de "México, el mexicano y lo mexicano", figura el de Jorge Carrión en que se presenta al mexicano como un pueblo de mentalidad desarticulada por efecto de la conquista. Según Carrión, lo diré para quien no haya tenido ocasión de leer uno de los libros más sugestivos en mi concepto, que se hayan escrito hasta ahora sobre el tema, en el mexicano se libra una batalla dura y tenaz entre las influencias que modelaron su fisonomía primitiva y las que imprimieron a su vida un rumbo nuevo y hasta cierto punto contrario al original"; es decir, el mexicano es un ser constantemente solicitado por dos fuerzas antagónicas. La primera de ellas lo induce a mirar hacia lo pretérito, como un refugio, la segunda lo sitúa en el centro de un mundo cuyo concepto de la vida choca con su formación primitiva. Si aceptamos la tesis de Carrión como expresión de la realidad, cabe en primer término preguntarse si en el mexicano de la hora actual se sigue librando la misma lucha y en tal caso, si es posible en él el desenvolvimiento armonioso de las facultades que nos recomienda Rodó. Cabe preguntar si al descender a ese rinconcito oculto en lo íntimo de nuestras conciencias, no encontraremos en él, a la vez que los genios de la música, y de la poesía, suponiendo que supiéramos congregarlos, sombras adversas, o si por lo contrario, las mismas sombras familiares de nuestra edad primera no resultarían las mejores madrinas, por decirlo así, de los genios del arte occidental.

Si dentro de la estructura de "Ariel" fuera posible trazar una línea divisoria, cabría separarla en dos grandes partes. En la primera de ellas incluiríamos las advertencias de carácter general que Próspero dirige a sus discípulos; advertencias de que me he ocupado extensamente en mis lecturas anteriores. En la segunda, englobaríamos aquellas otras en que Rodó expone lo que podríamos llamar una crítica de la democracia.

La mayoría de los pensadores franceses que respiraron el ambiente de los principios inscritos en la bandera de la Revolución Francesa ven en la igualdad una seria amenaza para la cultura. Renan considera "que

una alta preocupación por los intereses ideales de la especie, se opone al espíritu de la democracia". Al imbuir en la conciencia de aquella hora la preponderancia del número sobre la calidad, los escépticos del minuto previeron o creyeron prever que del seno de la muchedumbre no brotaría ni podría brotar ninguna palabra capaz de mejorar la condición humana. Se pronunciaban a la vez en contra de aquellos que se distinguían, haciéndolos aparecer como enemigos de las masas. El mismo Rodó cita las palabras de uno de los miembros de la Convención: "Desconfiad de ese hombre que ha hecho un libro". "El verdadero, el digno concepto de la igualdad reposa sobre el pensamiento de que todos los seres racionales están dotados por la naturaleza de facultades capaces de un desenvolvimiento noble" —aclara Rodó. No queremos seguir los pasos de nuestro autor al analizar una cuestión —la que se relaciona con la crítica de la democracia norteamericana— que rebasa las fronteras de nuestro estudio. Nos limitaremos a insistir en que la igualdad que preconizan las democracias no se opone en modo alguno a lo que Renan llama los ideales de la especie. Al extender los beneficios de la cultura a cualquier hombre que aspire a alcanzar la cima de la "conciencia espiritual", no hace más que reconocer la existencia de una realidad innegable: que lo mismo del seno de las clases privilegiadas que del más oscuro rincón, pueden brotar almas exquisitas cuyo esfuerzo se presenta con caracteres de heroicidad al compararlo con el ocio, con el dulce ocio de que disfrutaban los privilegiados. Con la claridad y penetración que le son propias, Max Scheler vé el problema de la igualdad de la siguiente manera: "Si yo tuviera que escribir en el pórtico de la edad histórica hoy en curso, una palabra que reflejara la tendencia comprensiva de esta edad, sólo una me parecería apropiada: "igualación" . . . Igualación de las discrepancias raciales; igualación de las mentalidades y de las formas de concebir el yo, el mundo y Dios en los grandes ámbitos culturales; igualación de lo que hay de específico en el principio masculino y en el principio femenino dentro de la especie humana; igualación de las lógicas de clase y de las diferencias de estado y de derecho entre las clases superiores e inferiores . . . relativa igualación entre la juventud y la madurez, en el sentido de la valoración de sus actitudes espirituales . . . Si como dije la igualación es el destino de una humanidad que en 1914 vivió su primer experiencia colectiva —pues sólo entonces comienza la historia una y

común— incumbe, empero, al espíritu dirigir esa igualación de las fuerzas y peculiaridades de los grupos, en la forma que convenga a una *elevación de valor* del tipo”. Y más adelante: “El que más ahonde sus raíces en la fosquedad de la tierra y de la naturaleza —aquella natura naturans que eternamente engendra las formas de la naturaleza, las formas de la natura naturata— y al propio tiempo, como “persona” llegue más alto en la conciencia espiritual, en el mundo luminoso de las ideas, ese se aproxima a la idea del todo hombre y, en cierto sentido, a la idea misma de la Substancia eterna, cuya esencia consiste en la compenetración, en perpetuo devenir, del espíritu con el ímpetu”. No debemos a mi juicio atribuir a la expresión: “mundo luminoso de las ideas”, un sentido que nos llevaría a confundirlo con la región de las abstracciones metafísicas, sino como sinónimo de comprensión, como equivalente de capacidad de abarcar el panorama del mundo y muy particularmente, como índice de una conciencia perfecta de la posición que ocupa el hombre en el Cosmos. Para Scheler, el hombre ejemplar es aquel que sin perder de vista la condición que lo arraiga a la tierra, logra remontarse al mundo luminoso de las ideas. Rodó coincide con Scheler pero introduce un elemento de altísimo valor: el cultivo del arte como procedimiento mediante el cual, logra el hombre codearse con las cumbres.

Iguclaremos hacia arriba y no hacia abajo —se ha dicho en repetidas ocasiones. “¿Sabéis —sigue diciéndonos Rodó— que a ese delicado ateniense —se refiere a Renán— sólo complacía la igualdad de aquel régimen social, siendo como en Atenas una igualdad de semidioses?” No aspiremos a tanto. Aceptemos al hombre tal como es: pasional, contradictorio, instintivo, pero capaz al mismo tiempo de escuchar la voz de los ángeles.

He comenzado por confesar que Rodó pertenece a las lecturas de mi juventud. Constantemente solicitado por las exigencias de una vida azarosa, no conservaba más que el gusto por los libros, pero no los libros. Al aceptar la tarea de ofrecer lo que podría llamar un estudio o análisis de la obra de Rodó, advertí que contaba con muy poco material informativo. Hube de buscarlo. Entre lo que encontré, figura una obra de pocas páginas que el mismo Rodó tituló “Nuevos Motivos de Proteo”, lanzada por la editorial Cervantes de Barcelona, hacia 1925. A manera de advertencia al lector, aparecen en la primera página las siguientes palabras calzadas por las iniciales del autor: “La índole del libro, si

tal puede llamarse, consiente en torno de un pensamiento capital, tan vasta significación de ideas y motivos, que nada se opone a que haga de él lo que quiero que sea: un libro en perpetuo devenir, un libro abierto sobre una perspectiva indefinida". Un libro agregaría yo, que nunca terminaría, semejante al hombre susceptible de infinitas modificaciones; un libro, en suma como Proteo, el personaje de Virgilio que "recorría la infinitud de las apariencias sin fijar su esencia sutilísima en ninguna". Proteo, forma del mar, representa para Rodó, el alma humana. Semejante a la ola que nace de otra ola, "cada uno de nosotros es sucesivamente, no uno, sino muchos", nos dice. "En verdad —aclara— cuán varios y complejos somos. Nunca has hallado en tí cosas que no esperabas, ni dejado de hallar aquellas que tenías por más firmes?" Parece que negara la dualidad a que se refiere Goethe cuando exclama: "dos almas anidan en mí pecho" y sin embargo, la figura del maestro de Weimar preside la elaboración de la obra del mismo modo que preside Ariel, los discursos de Próspero. "El más alto y típico ejemplar de vida progresiva, gobernada por un principio de constante renovación y de aprendizaje infatigable que nos ofrezca en lo moderno la historia natural de los espíritus, es, sin duda, el de Goethe. Ningún alma más cambiante que aquella, vasta como el mar y como él libérrima e incoercible; ninguna más rica en formas múltiples" . . . Ninguna otra, agregaríamos nosotros parafraseando a Rodó, comparable a la del maestro empeñado en construir lo que él mismo llamó la "pirámide de su existencia". ¿Debemos entender la dualidad que hace brotar la exclamación de Goethe como síntesis o representación de las dos grandes fuerzas que pugnan por adueñarse del alma humana?

"No hay imagen que no estampe una leve copia de sí en el fondo inconsciente de tus recuerdos; no hay idea ni acto que no contribuya a determinar aun cuando sea en proporción infinitesimal, el rumbo de tu vida, el sentido sintético de tus movimientos, la forma fisonómica de tu personalidad", —nos dice más adelante. Si cada uno de nuestros pasos, de nuestras sensaciones, de nuestras imágenes, traza la fisonomía de nuestra personalidad, debemos conducirnos con prudencia si no queremos que la amargura o el arrepentimiento ensucie y deforme nuestras conciencias. ¿"Has observado —dice Hildebrando, el personaje de "Los Monederos Falsos", de Andrés Gide— que los actos más trascendentales de nuestra vida, son actos imprudentes? Sí —contesta Au-

dibert— son como un tren que recorriera, un camino del que sólo conocemos el punto de partida, pero no el de arribo”. Sólo hasta el momento en que heridos por las consecuencias de nuestra conducta, advertimos que hemos viajado en el expreso de la ceguera, logramos identificarlo. El arrepentimiento y la amargura ensombrecen nuestra alma. El viaje al accidentado mundo de la imprudencia imprime frecuentemente a nuestras vidas no sólo un impulso diferente del que hubiéramos querido imprimirle, sino contrario a aquel que conviene a nuestro perfeccionamiento. La referencia a los actos imprudentes nos plantearía problemas de ética, ajenos al espíritu de Rodó y al nuestro. Nuestro autor nos recomienda que huyamos de todo aquello que amenace destruirnos, e implique una limitación.

“Reformarse es vivir”. “Quien con ignorancia del carácter dinámico de nuestra naturaleza se considera alguna vez definitiva y absolutamente constituido y procede como si lo estuviera, deja, en realidad, que el tiempo lo modifique a su antojo, abdicando de la participación que cabe a la libre reacción de uno mismo, en el desenvolvimiento de su propia personalidad” —continúa diciéndonos. Que ninguna obra de carácter científico o literario, que ninguno de los laureles que suele la fama ceñir a la frente del hombre de acción, comerciante, industrial, guerrero o político, nos induzca a pensar que no cabe en nosotros ninguna posibilidad de mejorarnos. “Mientras vivimos está sobre el yunque nuestra personalidad. Mientras vivimos, nada hay que no sufra retoque o complemento” —añade. Nada hay en nosotros que no sea susceptible de retoque, agregaríamos nosotros. Difícilmente hubiera Rodó encontrado mejores palabras con qué expresar la maleabilidad de nuestra vida y la constancia con que debemos, de modo semejante al herrero, moldear nuestra fisonomía. Las anteriores palabras de Rodó, inspiradas en el conocimiento de la naturaleza humana y en una confianza absoluta en nuestra capacidad de desarrollo, me recuerdan aquellas otras de Ortega y Gasset: “Porque vivir es, un sentido esencial que luego nos saldrá al paso, alistamiento bajo banderas y disposición al combate”. “Vivire militare est” —decía Séneca haciendo un noble gesto de legionario... Cada generación ha de ser lo que los hebreos llamaban Neftalí que quiere decir: “Yo he combatido mis combates”. Al escribir las palabras capacidad de desarrollo recuerdo aquellas otras de inspiración nietzscheana de Max Scheler: “La humanidad lleva en

si un número ilimitado de desenvolvimientos más misteriosos y más grandes de lo que se piensa.”

No permitamos que el cultivo de una sola actividad, impida el desarrollo integral de nuestra personalidad. “Una vida idealmente armoniosa sería tal que cada día de los que la compusieran significase, mediante los concertados impulsos del tiempo y de la voluntad, a él adaptada, un paso hacia adelante”, —sigue diciéndonos. Un paso hacia adelante pero sin dejar de ser una meta según la recomendación de Goethe, pues sólo cuando hacemos concurrir en la realización de aquello que nos interesa absolutamente todas nuestras facultades y capacidad de perfeccionamiento, podemos asegurar que hemos dado un paso preparatorio de otro mejor. Para el hombre que dedica sus energías a amasar riquezas de orden material, el paso hacia adelante puede presentarse como una nueva ganancia; para el guerrero, como un nuevo laurel; para el político, como una posición encumbrada. Ninguno de estos pasos lograría acreditar nuestras vidas como vidas armoniosas. Lo único capaz de ennoblecerlas consiste no en desentendernos de las ganancias de orden material, sino en cultivar a la vez, en la medida compatible con la atención del hombre que erige a la riqueza, a la gloria o al poder, en objeto de sus aspiraciones, el resto de sus facultades.

“Gracia y facilidad de hacer, son una misma cosa” —exclama más adelante: Rodó nos dice a continuación en qué consiste para él la gracia: “pasar de una a otra idea, de uno a otro sentimiento como al favor de un blando declive, en gradación morosa y deleitable; relacionar entre sí las sucesivas tendencias de nuestra voluntad, de manera que no determinen direcciones independientes e inconexas en que la acción acabe bruscamente al final de cada una para renacer por nuevo arranque y esfuerzo, con la otra, sino que todas ellas se eslabonen en un único y persistente movimiento, modificado sólo en cuanto a su dirección, como por un impulso lateral que le comunicara de continuo la inflexión necesaria, tal podrían definirse las condiciones de que dependen la facilidad y gracia de nuestra actividad”. La gracia y facilidad de hacer no se producen por sí mismas, hay que conquistarlas. Y como sólo puede haber gracia en la creación y no en la repetición, si el obrero no puede inventar por falta de tiempo, no podemos ni debemos sorprendernos de que su obra carezca de gracia. Pero si el trabajo merced al cual hace frente a las exigencias elementales de su vida, no lo absorbe íntegra-

mente, dispondrá de una hora o dos para buscar en el trabajo de la mente, que muy bien puede consistir en el cultivo de la música, de la pintura o de cualquier labor gratuita en el sentido kantiano del vocablo, la gracia que podría incrustar, por decirlo así, en la materia grosera de su labor manual, como se incrusta un hilo de oro en la pieza de acero. En semejante labor de orfebre encontrará un alivio, un desquite. En la actividad artística que elija hallará un terreno tan vasto como lo desee para el cultivo de sus preferencias. Rodó sitúa la gracia en una esfera superior, inaccesible a la simple vista al trabajador manual. Parece luego condenar la improvisación, el salto peligroso, la aventura arriesgada, cuando nos dice: "Quien sin cálculo ni ensayo se lanza de súbito a una empresa ignorada, padece desconcierto y fatiga; mientras que el esfuerzo es fácil y grato en el que con sabia previsión lo espera y por ejercicios preparatorios se apercibe a él." Quien sin cálculo ni ensayo se lanza de súbito a una empresa ignorada, padece desconcierto. Aquí tocamos nuevamente la imprudencia de que nos habla Gide. El lanzarse sin cálculo ni previsión carece de sentido, pero el lanzarse a la aventura sin conocer más que la meta que aspiramos a alcanzar, ¿no representa una manera de renovarse y poner a prueba nuestra capacidad de perfeccionamiento?; es decir, no constituye un modo de asegurar la agilidad que para Rodó y para nosotros, se encuentra en la raíz de la juventud auténtica?

Volviendo a la vida idealmente armoniosa que significase mediante los concertados impulsos del tiempo y de la voluntad a él adaptada, un paso hacia adelante y como confirmación de su pensamiento nos dice Rodó: "El esquema de una vida que se manifiesta en actividad bien ordenada sería una curva de suave y graciosa ondulación... la recta, siempre igual a sí misma, tiende del modo más rápido a su fin, pero sólo por transición más o menos violenta, de los ángulos, podrá la recta enlazarse a su término con otra que nazca de un impulso en nuevo y divergente sentido; mientras que en la curva, unidad y diversidad, se funden, porque, cambiando constantemente de dirección, cada dirección que toma está indicada de antemano por la que le precede". Por aquí tocamos nuevamente la recomendación de Goethe para quien cada uno de nuestros pasos debe ser una meta, pero sin dejar de ser un paso.

Reformarse es vivir. La repetición —¿quién no lo sabe?— embota nuestras facultades, conduce fatalmente al automatismo. ¿Cómo refor-

marnos? ¿Cómo lograr un desarrollo armonioso de nuestra personalidad? Probándola en situaciones de riesgo. De aquí a recomendar una vida peligrosa no hay más que un paso. Rodó nos habla del viaje como fuente de renovación. Pero Zaldumbide, a quien debemos el estudio más minucioso y concienzudo que haya aparecido hasta ahora sobre el ilustre uruguayo, no cree en la virtud renovadora del viaje y piensa, como Suárez, que el viaje puede ser diferente, pero que el viajero es siempre el mismo. Keyserling, en cambio, sostiene en el "Diario de viaje de un filósofo" "que el alma plástica que siguiendo la ley de su naturaleza, se transforma a cada nuevo ambiente, no puede nunca vivir demasiado; de cada nueva metamorfosis surge más profunda todavía". Y más adelante: "Quiero anchura, dilataciones donde mi vida tenga que transformarse por completo para subsistir, donde la inteligencia requiera una radical renovación de los recursos intelectuales, donde tenga que olvidar mucho, cuanto más, mejor, de lo que supe y fui... Si he determinado bien todas las coordenadas, habré de situarme sobre las contingencias del tiempo y el espacio. Para encontrarme a mí mismo, he de empezar por dar la vuelta al mundo". Yo veo en la patética revelación que acabo de transcribir, una confirmación del siguiente pensamiento de Rodó: "O es perpetua renovación o es una lánguida muerte nuestra vida. Conocer lo que dentro de nosotros ha muerto y lo que es justo que muera, para desembarazar el alma de un peso inútil; sentir que el bien y la paz de que se goce después de la jornada han de ser, con cada sol, nueva conquista, nuevo premio y no usufructo de triunfos que pasaron... no es esto toda la filosofía de la acción y la vida; no es esta la vida misma, si por tal hemos de significar, en lo humano, cosa diferente del vegetar de la planta? "El secreto de la constante renovación; es decir de la juventud, consiste indudablemente en identificar lo que ha muerto dentro de nosotros para sepultarlo en el olvido y en desembarazarnos de lo que nos estorba y petrifica.

Rodó nos habla luego del error en que incurrimos frecuentemente atribuyendo nuestra manera de pensar y de sentir a causas que nacen y toman forma dentro de nosotros y por nosotros cuando en realidad no hacemos más que reflejar, como un espejo de risa, las circunstancias que nos rodean. Para semejante ilusión o espejismo, nos recomienda la soledad. Aparentemente incurre Rodó en contradicción al recomendar por una parte, el viaje, y por otra, la soledad. Lo que Rodó recomienda

en realidad es la meditación, el exámen de conciencia, la conveniencia de preguntarnos si nuestra manera de pensar y de sentir responde al reclamo de nuestras convicciones o si nos limitamos a reflejar el ambiente en que vivimos.

Ayúdate de la soledad y del silencio —sigue diciéndonos—. Procura alguna vez que un impulso íntimo del alma te lleve a esa alta mar del alma misma, donde sólo su inmensidad desnuda y grave se ve; donde no vibran ecos de pasión que te enajenen; donde no llegan miradas que te atemoricen o te burlen, ni hay otro dueño que la realidad de tu ser, superior a la jurisdicción de tu voluntad. Y allí, como si consultaras a través del aire límpido la profundidad del horizonte, pregúntate sin miedo: Es verdad que yo crea en esto que profeso creer?... No vivirá mi fé de la inercia de un impulso pasado? Me he detenido a probar si cabe dentro de ella lo que he sabido después por obra del tiempo?... Si ahora hubiera de decidir mi modo de pensar por vez primera; si no existiesen las vinculaciones que he formado, las palabras que he dicho, los lazos y respetos del mundo, elegiría este campo en que milito?... Mi permanencia en esta comunidad, mi adhesión a esta filosofía, mi fidelidad a esta ley, ¿no son obstáculos para que adelante en la obra del desenvolvimiento propio? Rodó nos invita encarnarnos con nosotros mismos y a asumir la responsabilidad que nos incumbe. Nos invita, en suma, no sólo al análisis, sino a la rebelión; es decir, a no aceptar ninguna de las clasificaciones o etiquetas con que llegan hasta nosotros las nociones que respiramos desde la niñez y forma nuestra conciencia. Yo veo en este encararse consigo, en este interrogarnos sobre la eficacia de las nociones que aceptamos por inercia, el germen de las más bellas y fecundas transformaciones.

Gorgias va a morir —nos dice Rodó en la Parábola que titula “La despedida de Gorgias”. Se le ha dado a escoger el género de muerte que prefiera y él eligió la de Sócrates. El filósofo espera tranquilo su hora final. El temor a la muerte no logra alterar la calma de quien aguarda el tránsito postrero como una consagración de su existencia. Gorgias ha cumplido su destino y exclama con palabras de poeta: “Mi vida es una guirnalda a la que vamos a ajustar la última rosa”. Frente a él, los discípulos del filósofo declaran que se hallan dispuestos a morir antes que negar cosa alguna salida de los labios del maestro. El maestro escucha con paternal atención, pero rechaza el incondicionalismo que

trascienden las palabras de sus discípulos. Para disuadirlos de su propósito de seguir fielmente su doctrina, les cuenta el sueño de la madre del filósofo empeñada en que su hijo conservara indefinidamente el candor de la niñez. Siguiendo el consejo de una mujer de Tesalia que pretendía saber de ensalmos y hechizos, la amorosa madre utiliza sangre de paloma “que borra como una esponja las huellas del tiempo” y pone en la frente del infante la flor del íride silvestre que conserva limpio y puro el pensamiento. Al despertar de aquel sueño, la mujer ve que en lugar del niño se alzaba la figura claudicante de un anciano. “Me has privado de la acción que ennoblece, del pensamiento que ilumina; del amor que fecunda” —exclama el anciano dirigiéndose a su madre. En otras palabras: la madre había privado a su hijo de la ocasión de vivir. “Si yo aceptara el juramento que propones ¡Lucio! —añade dirigiéndose a uno de sus discípulos— olvidaría la moral de la parábola que va contra el absolutismo del dogma revelado de una vez para siempre, contra la fé que no admite vuelo ulterior al horizonte... Yo he procurado daros el amor a la verdad; no la verdad, que es infinita. No se os importe si ella os conduce a ser infieles con algo que hayais oído de mis labios”... Yo veo en esta parábola una invitación a la crítica, a no aceptar como verdad infalible la palabra del maestro. ¿Es acaso otro el sentido del conocido proloquio que nos dice?: “¿Hay del discípulo que no supere al maestro!

Si por sus constantes referencias a la cultura griega y por el encarecimiento con que nos recomienda el desarrollo armonioso de nuestras facultades, Rodó se presenta a sí mismo como un helenista, por su amor a la cultura de la inteligencia y a la poesía, nos recuerda aquella otra constelación de espíritus exquisitos del renacimiento italiano —que preside la venerable figura de Dante Alighieri— entre quienes se cuentan Petrarca, Pico della Mi ndola y Boccacio. En Pico della Mirandola encontramos una amplitud de espíritu que rebasó las fronteras del impulso que hizo brotar el renacimiento. Acerca de él, Jacobo Burkhardt, con el acierto que lo acredita como una de las inteligencias mejor informadas del siglo pasado, nos dice: “Es el único que con clara y reiterada insistencia, defendió la ciencia y la verdad de todos los tiempos contra la parcial exaltación de la antigüedad clásica. No sólo manifiesta su estimación por Averroes y por los investigadores judíos; también le interesan los escolásticos de la Edad Media por su contenido objetivo. Y cree oír su palabra: “Viviremos eternamente no en las escuelas de los caza-

dores de sílabas, sino en el círculo de los sabios donde no se discute sobre la madre de Andrómaca o sobre los hijos de Niobe, sino sobre los hondos fundamentos de las cosas divinas y humanas; quien aquí sabe atisbar con tino advertirá que también los bárbaros estaban poseídos del espíritu, y que, si no lo tenían en la lengua, lo tenían en el corazón. Pico della Mirandola es uno de los pocos pensadores de aliento universal. Su palabra cobra un acento singular en la hora actual; se penetra de un valor semejante al que reviste la de aquellos que se inclinan respetuosamente ante las expresiones de la vida humana donde quiera que se produzcan. Pico della Mirandola es uno de los precursores de ese buen amigo del nativo de nuestras tierras que es Arnold Toynbee.

Respecto de Bocaccio, el mismo Burkhardt nos dice: "No debe desorientarnos el que hable siempre de poesía, pues si leemos con atención, pronto advertiremos que alude a toda la actividad del poeta filólogo. A los enemigos de esta los combate con la mayor acritud: a los frívolos indoctos que sólo tienen comprensión para la disipación y la francachelía; a los teólogos sofisticos, para los cuales el Helicon, la fuente Castalia y el soto de Febo, son puras necedades; a los juristas, ávidos de oro, para los cuales la poesía, como no gana dinero, es algo superfluo de todo punto; finalmente a los monjes mendicantes, que alegan en contra con el argumento del paganismo y la inmoralidad. Viene a continuación la defensa positiva de la poesía, la de sentido profundo, alegórico particularmente, que dondequiera debe inspirar confianza; la de la obscuridad lícita, que debe servir para intimidad al alma bronca de los indoctos".

Valgan las anteriores referencias como introducción a mis reflexiones sobre "El Mirador de Próspero". En él reúne Rodó estudios de carácter crítico y biográfico dispersos en publicaciones uruguayas. Si nos propusiéramos analizar separadamente cada uno de ellos, no lograríamos más que traducirlos a un lenguaje que no es el de Rodó y tocar una vez más el problema que plantea la posibilidad de separar la forma de lo que suele llamarse fondo. Al profesor Ramos le parece que en "El Mirador de Próspero" el estilo "helado y mármoleo" de Rodó, es substituído por el mejor estilo de Rodó, que es la armonía de una prosa llena de color y de vida. Yo encuentro en las páginas del libro que me ocupa, el mismo color y la misma calidad plástica, por decirlo así, que caracteriza la obra del ilustre uruguayo.

En los ensayos o poemas en prosa de "El Mirador de Próspero", ya no se dirige Rodó a la juventud, sino al artista; en realidad, nos sueñan a monólogos. En "La gesta de la forma" describe la lucha que el buen escritor suele librar con la palabra; menos vagamente: la embriaguez que experimenta el escritor al encontrar los términos adecuados a la expresión de su pensamiento. En el ensayo o poema titulado "Divina libertad", se alza en contra de todo aquello que nos obligue a plegar nuestro pensamiento a las exigencias de una idea ajena o contraria al vuelo del pensamiento mismo. "Cuando veo —nos dice— que se les exige con amenaza de destierro, interesarse en lo que llama la Escritura las disputas de los hombres, recuerdo a Schiller narrando la historia de los pegajos bajo el yugo. El generoso alazán vendido por el poeta indiferente, es uncido por groseras y mercenarias manos a las faenas rústicas, símbolo de la inmediata utilidad y del orden prosaico de la vida". No se entienda que Rodó defiende el arte por el arte; no hay en su palabra ninguna invitación al esteticismo a la manera de D'Annunzio a quien, sin embargo, alude como ejemplo de perfección artística en "Los que callan". El mismo Rodó comienza diciendo: "Culto del verso; adoración estéril de la forma. Siento clamar condensándose las voces de reprobación y de desvío que he oído levantarse al paso de este libro nuevo. ¿Dónde está la palabra que nos adoctrine en nuestras dudas, que nos estimule con sus esperanzas, en esta poesía de contornos perfectos que sólo deja en nuestros labios, ansiosos del licor refringente, el contacto glacial del vaso cincelado y vacío? El libro nuevo de que nos habla Rodó es seguramente aquel en cuya primera página y a manera de divisa, se inscriben las palabras arte por el arte. Un pensador como Rodó, un humanista de tan buena cepa como él, no podía haber aceptado el esteticismo huero e intrascendente del arte por el arte. Rodó nos invita a conservar nuestra libertad, a no permitir que ninguna exigencia ajena a nuestra sensibilidad, nos obligue a traicionar nuestras propias preferencias. Cuando nuestras inclinaciones concuerdan con la exigencia de lo que la Escritura llama las disputas de los hombres —siempre que no se trate de aquellas en que se ventilan intereses de orden puramente material— no vemos en el trabajo de la página en prosa o en un poema en verso inspirado en tales disputas, ninguna traición.

El poema o ensayo que titula "Decir las cosas bien", nos parece continuación de aquel otro que se llama "La gesta de la forma", pues aclara:

“Como el misionero y como la hermana, el artista cumple su obra de misericordia. Sabios: enseñad con gracia . . . Si nos concedéis —agrega— en forma fea y desapacible la verdad, eso equivale a concedernos el pan con malos modos”. Rodó aparece a nuestros ojos como un ejemplo del misionero o del sabio a quienes se dirige; es decir, enseña con palabra de poeta. Permitidme que os recuerde las siguientes palabras que hago figurar en las primeras líneas de este breve estudio: “¿Por qué entonces nos parece no sólo natural, sino necesario el tono doctoral en que nos habla Rodó? Porque así conviene al espíritu de su obra”. Independientemente de que convenga o no al espíritu de su obra, Rodó se expresa invariablemente en un estilo poético; por las páginas de sus libros —inclusive las crónicas de viaje que componen “El Camino de Paros”, circula un ímpetu lírico. Nos atreveremos a señalar cierta contradicción entre el espíritu de Ariel; menos vagamente, entre el propósito de contribuir a la formación de un tipo de hombre armonioso o sea el hombre clásico y el lirismo que respira hasta la frase aparentemente menos trascendental, de sus libros. Enfocado a la luz de la consideración que antecede, Rodó nos resulta un discípulo de Apolo incrustado en la materia bronca de Dionisos. Hay “entusiasmo” en la manera de decir las cosas, pero no en la intención con que se dicen.

“En lo que culmina la maestría de Rodó —agrega el doctor Ramos— es en los ensayos biográficos como los de Montalvo y Bolívar, sobre todo este último, que es acaso su obra maestra en este género. Lo mismo de la historia que de las páginas de Rodó, Bolívar brota de la fragua resplandeciente de vida física y arrebatado por un dinamismo heroico.” Brota, agregaríamos nosotros, como moneda recién troquelada, puro y brillante. El ensayo dedicado a Bolívar nos parece en esencia una oda. Las hazañas del gran libertador sirven a nuestro autor de pretexto para presentarnos una apología lúcida, brillante como una moneda recién troquelada; pero en mi concepto Rodó no se propuso ofrecernos un análisis de carácter filosófico, sino cantar al héroe de Boyacá, Ayacucho y Junín.

Dedicaremos algunas palabras a la presentación del hombre. Conocemos su obra y a través de ella, su manera de pensar, su concepto de la vida, su americanismo “entendido con alma indivisible”. Para admirarlo y conservar sus libros en un sentido preferente de nuestra biblioteca, no necesitamos más.

Sabemos que Rodó nació en Montevideo de padre español y madre uruguaya. Los críticos se limitan a señalar los aspectos más salientes de la vida del gran escritor, pero no nos dicen ni una sólo palabra acerca de la situación económica de la familia Rodó. La biografía de nuestro autor está por escribirse. Esperamos con impaciencia la obra que nos exhiba al hombre. Llenaremos pues, con la imaginación, las lagunas que se nos presenten. La cultura que Rodó logró amasar fué seguramente obra de largos años de estudio y meditación incompatible con las exigencias que absorben la vida de un hombre sin recursos pecuniarios. Es de creer que el destino lo relevó desde el principio de la obligación de aplicar sus energías a labores que lo apartaran de su vocación. Sin embargo, los "Motivos de Proteo" y algunas de sus "Parábolas", nos inducen a pensar en un hombre azotado por la tempestad. Nos resistimos a creer que la palabra de nuestro escritor, haya brotado sólo de los libros. Apurando un poco la imaginación, llegaríamos hasta considerarlo como un hombre de salud precaria. Acaso haya en el encarecimiento casi interminable con que nos recomienda el cultivo armonioso de nuestras facultades, la conciencia de sus propias limitaciones.

Ello fué que a la edad de veinte y tantos años funda la Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales, en sociedad con Víctor Pérez Petit y los hermanos Vigil. La publicación de "El que vendrá", anuncia la presencia de un gran escritor.

"El que vendrá" y "Ariel", obras en que Rodó deja ver la solidez de una cultura superior, le valieron el nombramiento de profesor de literatura en la Facultad de Letras de Montevideo. Allí tuvo ocasión de ejercitarse en las duras disciplinas de la cátedra y de observar, muy de cerca, el espectáculo de una juventud fuerte, bien intencionada, pero con un concepto erróneo de la vida. Del contacto con sus discípulos, brotó en él, seguramente, el calor y entusiasmo que trascienden las páginas de "Ariel".

Luego se lanza a la política. Sus biógrafos se limitan a consignar la aventura del pensador uruguayo, pero no nos dicen nada de su brega en tan escabroso terreno. Por aquellos días, la política debió ser en Montevideo, lo que es actualmente en el Uruguay y en cualquier otra parte de la tierra: una lucha de altura para el idealista y una pelea encarnizada y rastrera para el ambicioso sin escrúpulos. Nunca fué la política el terreno propicio para el soñador; es decir, para aquel que aspira a vi-

vir en un mundo de perfección. Pensamos que de su aventura por el mundo de la política, Rodó debió volver desarbolado, según la expresión del maestro Sierra. Ello fué que poco tiempo después de haber cruzado lanzas con un señor Díaz, reúne sus réplicas bajo el título de "Jacobinismo y Liberalismo", réplicas en las que Rodó nos ofrece una defensa del cristianismo como creador de la caridad. Más tarde publica "Ariel", libro que consagra a su autor como uno de los más brillantes escritores de América. Por las páginas de "Ariel" circula una atmósfera de paganismo que penetra hasta las últimas zonas del pensamiento del ilustre uruguayo. Parecen escritas con la misma tinta en que mojaron su pluma Aristóteles y Platón. Rodó es un alma griega engastada en el cristianismo o un cristiano de talla pagana. Esta extraña combinación de tendencias contradictorias me fué revelada por la lectura de "Jacobismo y Liberalismo". Desde las páginas de uno de los diarios de Montevideo, el señor Díaz condenaba con palabra airada la decisión de exhibir en uno de los hospitales de la capital uruguaya, la imagen de Jesucristo. Rodó saltó a la palestra en defensa de una decisión que aspiraba a simbolizar el espíritu caritativo de la casa de salud. En el encarecimiento con que nos recomienda el desarrollo armonioso de nuestras facultades; en el empeño con que exalta la virtud del escepticismo entendido como equivalente de espíritu de investigación, vemos al hombre imbuido de paganismo y en la defensa de la piedad, a un caballero de cruz en el pecho.

En voluntario destierro de desencanto y renunciación —nos dice Zaldumbide— se marcha a Europa. Se detiene en Barcelona donde comprueba la autenticidad de la versión que lo señala como descendiente de esa sangre noble y laboriosa que es la catalana. De allí se traslada a Italia. Es allá donde nuestro escritor encuentra lo que podríamos llamar su centro de gravedad, donde respira a sus anchas, donde su espíritu inquieto halla el alimento necesario a su existencia; donde se embriaga y deleita, con la embriaguez que nos proporciona la contemplación de la belleza. Visita Florencia, Luca, Pistoya, Parma, Boloña y al fin se traslada a la dulce tierra de Sicilia. Se aloja en el mismo hotel en que Wagner escribió el último acto de Parsifal. Lleva durante breves días una vida señera. Parecía rehuir toda comunicación o trato con los demás huéspedes; que se hubiera producido en el gran escritor uno de esos desgarramientos que nos aniquilan y transforman. Apenas abandonaba su alcoba para dar un paseo por las cercanías del hotel. Herido por el tifo, su débil orga-

J O S E E N R I Q U E R O D O

nismo se convierte en campo de lucha entre la vida y la muerte. Tres o cuatro días después cierra los ojos para siempre, él que los llevó siempre abiertos, y hubiera querido exclamar como Gorgias: mi vida es una guirnalda a la que vamos a prender la última rosa.

EDUARDO LUQUÍN